

Diario 16: Castilla - La Mancha

La región de Castilla-La Mancha constituye, dentro de nuestra geografía, una de las rutas turísticas de más rancio sabor histórico del país.

Cada una de las provincias que la integran: Albacete, Ciudad Real, Cuenca, Guadalajara y Toledo, tienen su propia personalidad y encierran, en sus capitales, en sus ciudades, aldeas, villas y paisajes, bellezas naturales y artísticas de raíz profunda y emotiva.

La casi totalidad de la provincia de Ciudad Real, gran parte de la de Albacete y dos amplias zonas de las provincias de Toledo y Cuenca prestan su variada geografía paisajística y humana, a este mosaico histórico tradicionalmente conocido como La Mancha. En la parte más septentrional de las provincias que constituyen la región a la que estamos haciendo referencia, Guadalajara, histórica y medieval, aunque con reminiscencias mudéjares, es como un portillo que comunica esta región —seca, agreste, dura, de pardas besanas y soles brillantes— con una España diferente, aunque no menos bella.

Sería prolijo detallar cada ciudad, cada pueblo, cada monumento; cada rincón histórico es argumento suficiente para convertir una crónica viajera en algo más denso. ¿Cómo no extenderse al hablar de las bellezas de las hoces del Júcar o el Huécar, que bañan Cuenca; o la ruta del Quijote, con altos en Belmonte, Moja del Cuervo, El Toboso o Pedro Muñoz; o de Albacete, al final meridional de la ruta de La Mancha, donde «todo se ha dicho y donde todo está por decir»; o de la Imperial Toledo, a la que ya El Greco pintó en una niebla mística de polvo y cielo, como una tierra espoleada por cadavéricos sueños de gloria; o, por último, Guadalajara, armoniosa, lírica y profundamente aristocrática?

Tan prolijo sería hablar de tantos pueblos, paisajes; de tanta historia hecha leyenda, que el hacerlo quizá fuera

inconveniente, ya que, quizá lo más importante sea descubrir, poco a poco, la belleza y reciedumbre de esta región, dentro de ópticas personales, dejando que la imaginación vuele y los sentidos se saturen con su encanto.

COCINA, CAZA Y FIESTAS

La cocina castellano-manchega, muy apreciada gastronómicamente, es el producto de un sutil intercambio y adecuación de la cocina castellana con la andaluza. Hay quien asegura que tiene un origen pastoril pero, en lo que sí



están de acuerdo, es que tiene un especial tratamiento para la caza. No hay que olvidar, por supuesto, el pisto manchego, la olla serrana de Albacete, las berenjenas de Almagro, el ajopuerto y el atascaburras, todas ellas delicias gastronómicas de primera fila.

Los quesos y dulces manchegos, los bizcochos de Guadalajara, las tortas de Alcázar han adquirido renombre nacional e incluso internacional —el queso curado de La Mancha es comparable a cualquier queso francés—, lo mismo que pasa con los vinos: de Valdepeñas, Tomelloso, Socuëllamos, de La Roda, tintos o blancos, que se encuentran en la tabla vinícola de cualquier restaurante de lujo.

Al hablar de la caza, como especialidad culinaria, no lo hacemos sin cuenta y razón; la zona castellano-manche-

ga es un paraíso para la práctica del deporte cinegético: la perdiz, codorniz, torcaz, tórtola (en paso), conejo, liebre, son las variedades de caza menor, en cantidades abundantes, que se ofrecen a la pericia de escopetas, llegadas de todas partes de España —algunas expertísimas— y de muchos lugares del extranjero. En Cuenca, Toledo, Ciudad Real y algunos lugares de Albacete se practica también la caza mayor, de importante cabaña, en la que destacan el jabalí, el corzo, el ciervo y el venado.

Guadalajara es un paraíso para la pesca, pero las demás provincias no le van muy lejos: carpa, barbo, truchas, black-bass, cangrejos, lucios, etc., son las variedades existentes. Los embalses de Buendía y Entrepeñas están poblados de lucios y carpas; las truchas se dan bien en Cuenca, los cangrejos en Ciudad Real, el black-bass en Toledo.

Por último, para cerrar lo que se puede considerar como una breve síntesis de lo mucho que ofrece esta región, vamos a hacer referencia a sus fiestas populares, asentadas en el tipismo de sus pueblos y en la fuerza racial de sus costumbres y de sus habitantes; fiestas que se comparten, dentro de un marco tradicional, de un modo general, por todos los vecinos. Fiestas de toros, romerías, procesiones —no se puede dejar de citar la del Corpus Christi de Toledo—, los mayos, toros de fuego, moros y cristianos, festejos de la vendimia, danzas y diablos, festejo del olivo, fiesta de la rosa del azafrán, de la amistad, etc., cada una origen de una leyenda, consecuencia de una tradición, celebración de una buena cosecha, remembranza histórica o religiosa, pero siempre con personalidad y alegría. Todo ello dentro de un marco emocional, encantador y sugestivo, con la misma fuerza de atracción y posesión que tiene esta región, que constituye una de las más importantes, carismáticas y bella de nuestra España.

(«Diario 16», 6-II-81).